

CARLOS ANTONIO COLÓN PERALES

*Profesor titular del Departamento de Comunicación
Audiovisual, Publicidad y Literatura
de la Universidad de Sevilla*

EL CANTO DE ULISES

LECCIÓN INAUGURAL DEL AULA DE LA EXPERIENCIA
EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Curso Académico 2004/05

Editorial Universidad de Sevilla



AULA DE LA EXPERIENCIA

EL CANTO DE ULISES

CARLOS ANTONIO COLÓN PERALES

*Profesor titular del Departamento de Comunicación
Audiovisual, Publicidad y Literatura
de la Universidad de Sevilla*



SEVILLA 2015

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Edición digital de la primera edición impresa de 2004

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015
C/. Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© CARLOS ANTONIO COLÓN PERALES 2015

ISBN: 978-84-472-1689-5

Digitalización y realización interactiva:
Fernando Fernández. ed-Libros

*Excmo. y Magnífico Sr. Rector,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Compañeros del Claustro docente universitario,
Personal de Administración y Servicios,
Alumnos del Aula de la Experiencia, señoras y señores:*

El 19 de octubre de 1945, hace casi exactamente 59 años, el joven químico Primo Levi volvió a Turín, su ciudad, de la que faltaba desde finales de 1943. Siguió viviendo en la cómoda casa burguesa en la que había nacido y en la que habría de transcurrir toda su vida. Empezó a trabajar en una fábrica de pinturas de la que llegaría a ser director, tuvo novia durante dos años, se casó, tuvo dos hijos y murió en 1987 tras caer o tirarse –nunca se supo– por el hueco de la escalera de su casa. Un año después de su regreso a Turín, en 1946, Primo Levi empezó a escribir un libro sobre las experiencias que había vivido en esos dos años de ausencia de su ciudad. Lo publicó modestamente, porque la importante editorial Einaudi lo había rechazado, en 1947. No tuvo apenas eco, pero una década más tarde Einaudi rectificó, lo reeditó y la obra conoció un gran éxito. Se llama *Si esto es un hombre*.

Primo Levi no era un escritor, aunque escribiera con admirable penetración y concisión, sino un testigo. Por eso tardó muchos años en publicar otra obra, continuación de la primera, que se llama *La tregua* y apareció en 1963. Un año antes de morir, en 1986, publicó la tercera y última parte de su testimonio, titulada *Los hundidos y los salvados*. Los tres libros dieron una fama mundial, que de seguro será de muy larga memoria, a este químico que, de no haber sido por la necesidad de dar testimonio de esos dos años que pasó fuera de Turín, tal vez no hubiera escrito más que privadamente. Vivió casi toda su vida, de 1943 a 1987, desde que tenía 24 años hasta que murió con 68, torturado, obsesionado y tal vez hasta finalmente aniquilado por esos dos años que vivió de diciembre de 1943 a octubre de 1945. Sólo dos años frente a 68 vividos. Sólo dos años ensombreciendo los 44 que le siguieron. Los dos años que pasó en el campo de exterminio de Auschwitz con el número 174517, ya que Primo Levi era un judío italiano descendiente de judíos españoles expulsados en 1492 al que el odio antisemita —ya no cristiano, sino nazi; ya no tardomedieval, sino moderno; ya no nacido de la intolerancia y la superstición, sino de la razón tecno-científica— alcanzó cinco siglos más tarde de que los suyos hubieran sido expulsados de Sefarad, el nombre judío de España, cuando fue detenido por los fascistas italianos que lo entregaron a los invasores nazis que a su vez lo deportaron a Auschwitz en un tren de ganado, junto a otros 650 judíos italianos de los que más de 500 fueron gaseados al llegar al

campo. He escogido, para hablar hoy aquí del valor que la educación y la cultura tienen para hacer posible la libertad personal y la colectiva —es decir, tanto el espíritu crítico y la conciencia de nuestra singularidad y grandeza como la democracia que garantiza el respeto a los derechos humanos—, este testimonio vivido en una situación límite. Un testimonio más valioso porque el horror que Primo Levi vivió fue obra de uno de los pueblos más cultos y civilizados de Europa, el país de la filosofía y de la música, de Hegel y de Beethoven. Por lo tanto, un testimonio a favor de la cultura hecho desde un infierno que la cultura no pudo evitar. Les voy a leer un fragmento de “El canto de Ulises”, que es uno de los capítulos del primer libro de memorias de Primo Levi, *Si esto es un hombre*. Y a continuación, una reflexión hecha por él mismo sobre este capítulo muchos años más tarde, que pertenece al capítulo “El intelectual en Auschwitz” de su último libro, *Los hundidos y los salvados*.

“Estábamos seis raspando y limpiando el interior de una cisterna subterránea; la luz del día nos llegaba a través de la pequeña portezuela de entrada. Era un trabajo de lujo, porque nadie nos vigilaba; pero hacía frío y estaba húmedo [...] Osciló la escalerilla de cuerda que colgaba de la portezuela: alguien llegaba [...] No era el guardián. No era más que Jean (...) un estudiante alsaciano (...) el *Pikolo* (o más joven) de nuestro *Kommando* (...) afecto a la limpieza de la barraca, a la entrega de las herramientas, al lavado de las escudillas, a la contabilidad

de las horas de trabajo del *Kommando* [...] A Jean lo querían mucho en el *Kommando*. Hay que saber que el cargo de *Pikolo* era un grado bastante elevado (...): no trabaja manualmente, tiene carta blanca en los fondos de la marmita del rancho, puede estar todo el día junto a la estufa (...) y tiene grandes probabilidades de convertirse en amigo y confidente del *Kapo*... (Jean) era despabilado y físicamente robusto, y al mismo tiempo pacífico y amigable; aún conduciendo con tenacidad y coraje su secreta lucha individual contra el campo y contra la muerte, no se olvidaba de mantener relaciones humanas con los compañeros menos privilegiados [...] Una palabra suya (...) había servido muchas veces para salvar a alguno de nosotros del látigo o de la denuncia a los SS [...] Colgado con una mano de la escala oscilante, me indicó: *Hoy es Primo quien vendrá conmigo a buscar la sopa* [...] Trepó afuera, y yo le seguí, batiendo los párpados en el esplendor del día [...] *Pikolo* me dio uno de los dos palos y echamos a andar bajo un claro cielo de junio. (...) Se veían los Cárpatos cubiertos de nieve. Respiré el aire fresco, me sentía insólitamente ligero [...] El rancho se retiraba a un kilómetro de distancia; había que volver después con la marmita de cincuenta kilos enfilada en los palos [...] ...El canto de Ulises. Quién sabe por qué me he acordado de él [...] Si Jean es inteligente lo entenderá. Lo entenderá: hoy me siento capaz de todo... Quién es Dante. Qué es la *Comedia*. Qué sensación curiosa de novedad se siente si se procura explicar brevemente lo que es la *Divina Comedia*. (...) Jean está atentísimo, y yo empiezo, lento y con cuidado: *Y de la antigua llama el más saliente / de los cuernos torcióse murmurando / cual*

llama que del viento se resiente; luego se fue la punta meneando / como si fuese lengua y así hablara / y echó fuera la voz y dijo: Cuando... Me paro aquí y trato de traducir. Desastroso: ¡pobre Dante y pobre francés! Sin embargo, parece que el experimento promete (...) ¿Y después de *Cuando*? La nada. Un agujero en la memoria. *Prima che si Enea la nominasse*. Otro agujero. Sale a flote un fragmento no utilizable: *la piéta del vechhio padre, ne'l debito amore che doveva Penelope far lieta...* ¿Será exacto? *Ma misì me per l'alto mare aperto*. De éste sí, de éste estoy seguro, estoy en condiciones de explicárselo a *Pikolo*, de distinguir por qué *misì me* no es *me puse*, es mucho más fuerte y más audaz, es una atadura rota, es lanzarse a sí mismo más allá de una barrera, nosotros conocemos bien este impulso. *Mare aperto*, alta mar: *Pikolo* ha viajado por mar y sabe lo que quiero decir, es cuando el horizonte se cierra sobre sí mismo, libre, recto y simple, y no hay más que olor a mar: dulces cosas ferozmente lejanas [...] *Mare aperto. Mare aperto*. Sé que rima con *diserto* —*quella compagna Picciola, dalla cual non fui diserto*, pero no recuerdo si viene antes o después. Y también el viaje, el temerario viaje más allá de las columnas de Hércules, qué tristeza, no tengo más remedio que contarle en prosa: un sacrilegio. No he salvado más que un verso, pero vale la pena detenerse en él: ...*Acciò che l'uom piú oltre non si metta* [...] Mira, atento *Pikolo*, abre los oídos y la mente, necesito que entiendas: *Considerate la vostra semenza: / Fatti no foste a viver come brutti, / Ma per seguir virtute e conoscenza* [*Considerad vuestra ascendencia: / para vida animal no habéis nacido, / sino para adquirir virtud y ciencia*]. Como si yo lo sintiese por

vez primera: como un toque de clarín, como la voz de Dios. Por un momento, he olvidado quién soy y dónde estoy. *Pikolo* me pide que lo repita. Qué buena persona es *Pikolo*, se ha dado cuenta de que está haciendo el bien. O quizá se trata de algo más: quizá, a pesar de la traducción floja y el comentario pedestre y presuroso, ha recibido el mensaje, ha sentido que le atañe, que atañe a todos los hombres en apuros, y a nosotros en especial; y que nos atañe a nosotros dos, que osamos hablar de estas cosas con los palos de sopa en los hombros [...] Que me perdone *Pikolo*, se me han olvidado, por lo menos, cuatro tercetos. Lo mismo da –me dice–, sigue de todas formas. *Cuando mi apparve una montagna, bruna / per la distanza, e parveni altra tanto / che mai veduta nom ne avevo alcuna*. Daría el potaje de hoy por saber juntar *non ne avevo alcuna* con el final. Me esfuerzo por reconstruir por medio de las rimas, cierro los ojos, me muerdo los dedos: pero de nada sirve, lo demás es silencio. Me bailan en la cabeza otros versos. Es tarde, es tarde, hemos llegado a la cocina, hay que terminar [...] Detengo a *Pikolo*, es absolutamente necesario y urgente que escuche (...) antes de que sea demasiado tarde, mañana él o yo podemos estar muertos, o no volver a vernos, debo hablarle (...) de algo gigantesco que yo mismo sólo he visto ahora, en la intuición de un instante, tal vez el porqué de nuestro destino...”¹

1. Levi, Primo. *Si esto es un hombre*. Círculo de Lectores / El Aleph Ediciones. Barcelona, 2004. Págs. 116 a 122.

Esto lo escribía Levi en 1946, rememorando lo vivido entre 1943 y 1945, en el campo de exterminio. Cuarenta años más tarde, y uno antes de su muerte, escribió en el capítulo “El intelectual en Auschwitz” de *Los hundidos y los salvados*, el libro que cierra la trilogía de Auschwitz:

“Ser un intelectual ¿era en Auschwitz una ventaja o una desventaja? [...] La razón, el arte, la poesía no ayudan a descubrir el lugar del que han sido proscritas. En la vida cotidiana del campo, hecha de tedio salpicado de horror, era saludable olvidarlas, de la misma manera que era saludable aprender a olvidar la casa y la familia. [...] La lógica y la moral impedían aceptar una realidad ilógica e inmoral: de ello resultaba un rechazo de la realidad que, por lo general, llevaba rápidamente al hombre culto a la desesperación. [...] El hombre sencillo, acostumbrado a no hacerse preguntas, estaba a salvo del inútil tormento de preguntarse por qué; además solía poseer un oficio o una habilidad manual que facilitaban su integración. [...] A mí, la cultura me ha sido útil; no siempre, a veces quizá por caminos subterráneos e imprevistos, pero me ha servido y tal vez me haya salvado. Releo después de cuarenta años el capítulo “El canto de Ulises” de *Si esto es un hombre*; es uno de los pocos episodios cuya objetividad he podido comprobar (...) porque mi interlocutor de entonces, aquel *Pikolo* que en realidad se llama Jean Samuel, se encuentra entre los poquísimos personajes del libro que han sobrevivido (...) y sus recuerdos coinciden con los míos: recuerda aquella conversación.

[...] Pues bien, donde he escrito que daría el potaje de hoy por poder rematar un verso, no mentía ni exageraba. Habría dado verdaderamente el pan y el potaje, es decir, la sangre, por salvar de la nada aquellos recuerdos que hoy, con el soporte seguro del papel impreso, puedo refrescar cuando quiera, y gratis, y que por eso parecen valer poco. Entonces, y allí, valían mucho. Me permitían volver a atar un nudo con el pasado, salvándolo del olvido y reforzando mi identidad. Me convencían de que mi mente, aunque acosada por las necesidades cotidianas, no había dejado de funcionar. Me valoraban, a mis ojos y a los de mi interlocutor. Me proporcionaban una tregua efímera pero no necia, sino liberadora: un modo, en fin, de encontrarme a mí mismo. Quien ha leído *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (o visto la película que sobre ella hizo François Truffaut) ha podido hacerse una idea de lo que significaba verse obligado a vivir en un mundo sin libros, y qué valor asumiría en él el recuerdo de los libros”.²

Un libro, la *Divina Comedia*, un clásico que forma parte del gran legado que transmite de una generación a otra el depósito de sentimientos y conocimientos de la humanidad, sirvió a Primo Levi para encontrarse consigo mismo como ser humano en el campo de exterminio y recordar, con el verso de Dante, ese “que para la vida animal no habéis nacido, sino para adquirir

2. Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Muchnick Editores, Barcelona, 2000. Págs. 109 a 127.

virtud y ciencia”, que tanto recuerda al aserto de Cicerón –“La fuerza es el derecho de las bestias”– y al más rotundo de Antonio Machado: “Las cabezas que no se atreven a pensar, acabarán por embestirse”³. Otro libro, esta vez escrito por él mismo para contar esa experiencia, nos sirve a nosotros, y a quienes nos sigan, para conocer a través del testimonio de carne, sangre y lágrimas de un hombre concreto, la existencia del mayor y más incomprensible crimen contra la humanidad que el ser humano haya cometido. Un horror que la cultura, por otra parte, no pudo evitar. Auschwitz, no simboliza, sino que es una quiebra de la historia, el final del sueño ilustrado. Jean Améry, superviviente también de un campo de concentración que acabó suicidándose torturado por su recuerdo, escribió en una de sus obras sobre Auschwitz: “La perennidad del progreso humano no era más que una ingenuidad concebida en el siglo XIX”. Por eso he querido, para hacer esta celebración del valor del conocimiento que es siempre la apertura de curso del Aula de la Experiencia, que nos situemos precisamente en esa ruptura de la historia que puso en cuestión la conciencia de avance y progreso que, desde el siglo XV, ligó el humanismo del Renacimiento y el Barroco a las luces de la Ilustración, y éstas a los desarrollos sociales y tecno-científicos del siglo XIX.

3. Machado, A. *Prosas completas*. Espasa Calpe, Fundación Antonio Machado. Madrid, 1989. Carta de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez (1913). Pág. 1523

En el centro de esa idea de avance y de progreso estaban el valor de la educación y la cultura como garantes de la emancipación del ser humano y, por ello, también de la democracia que los Estados Unidos de América y las más avanzadas naciones europeas se fijaron, desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, como modelo de organización del Estado. En el siglo XX las democracias parlamentarias o liberales fueron puestas en cuestión por los totalitarismos comunista, fascista y nacional socialista –de signo muy distinto pero resultados igualmente devastadores– desde 1917, 1922 y 1933. Tras la expansión de Alemania y la derrota de Francia, hacia 1940 casi toda Europa estaba bajo los fascistas y los nazis o bajo el comunismo estalinista. Durante los años en que estuvo vigente el pacto entre Hitler y Stalin, de 1939 a 1941, Occidente pese a la heroica actitud de Gran Bretaña, pareció haber perdido toda posibilidad de futuro democrático. Se recuperó, afortunadamente, y desde 1945 hasta hoy, en el caso español desde 1977 y en el de la URSS desde 1989, las democracias parlamentarias no han sido cuestionadas más que marginalmente.

Otra cosa es la brecha que los hechos acaecidos entre 1939 y 1945 abrieron en el ideal humanista, ilustrado y tecno-científico de desarrollo lineal e imparable del progreso humano. El impacto de lo que los campos de exterminio supusieron fue tal que no pudo ser sentido más que por sus víctimas durante mucho tiempo y no pudo ser pensado hasta muchos años después. Los

más optimistas se preguntaban por qué en el seno de una de las naciones más cultas de Europa se desató ese horror. Los más pesimistas lo achacaron al desarrollo perverso de principios de la propia Ilustración y del optimismo tecno-científico, con lo cual apuntaban, no a la perversión de algo en su origen y en su esencia positivo, sino a los principios mismos en los que durante siglos había descansado el sueño de humanización europeo. Dificultosamente se han estado abriendo paso en los últimos años intentos loables y necesarios de refundar la Ilustración –la Segunda Ilustración, le llaman– y con ella la confianza en la razón educada, y de recobrar también la confianza en la modernización y el progreso entendiéndolos ahora no sólo como desarrollo tecno-científico sino, auxiliados por esa Segunda Ilustración, como conciliación de los avances técnicos y del desarrollo económico con el respeto a los derechos humanos y al medio ambiente. La suma de todo ello produce eso a lo que se llama calidad de vida, expresión que afecta tanto al nivel educativo como a la abundancia de zonas verdes, al empleo como a la oferta cultural, a la seguridad pública como a la vivienda, a la estabilidad democrática como al respeto a la diferencia. Es decir, al desarrollo y al progreso de la técnica y la economía, pero también de la educación y la cultura, de una parte, y de la ética, de otra. Sin técnica y economía, es decir, sin desarrollo y progreso material –y así ha sido desde Grecia hasta hoy– no puede haber desarrollo y progreso del conocimiento. Pero sin educación y cultura, el desarrollo técnico y económico puede derivar en inhumana explotación. Y sin una ética universal

basada en el respeto a los derechos humanos ni tan siquiera la confluencia entre técnica, economía, educación y cultura pueden garantizar la humanización de las condiciones de vida. La Alemania nazi es el más perfecto ejemplo que se pueda poner de la técnica, la pujanza económica, el alto nivel educativo y el más grande bagaje cultural como inoperantes a la hora de frenar el desarrollo de la barbarie. La ética como fiel de la balanza de cuyos brazos penden la técnica y la economía, de un lado, y la educación y la cultura, de otro, sería una buena forma de representar simbólicamente este necesario equilibrio.

En nuestra situación actual, los peligros o retos a que nos enfrentamos, como formas de desequilibrio entre estos tres factores, son bien identificables. Escribe la catedrática de Ética Victoria Camps, partiendo de un análisis de la televisión para llegar a una generalización del actual conflicto cultural:

“Atribuimos a la televisión la mediocridad y deshumanización de nuestra cultura, sin darnos cuenta de que la mediocridad de la televisión viene dada porque la hace gente que sólo ha sido formada técnicamente y no en aquel saber que ayuda a valorar la realidad o fomenta la capacidad crítica. La corrección lingüística pierde igualmente importancia, el lenguaje se empobrece y el razonamiento simplemente desaparece. La descalificación, la agresividad y el insulto se imponen porque son más emotivos, su efecto es más inmediato y más eficaz para atraer la audiencia. El descenso de los analfabetos reales parece

ir parejo al crecimiento de los *analfabetos funcionales*, que creen saber leer y conocer temas de actualidad, pero no entienden ni saben nada. Este caos, recubierto del barniz de la modernización, deriva de no dar importancia suficiente a los contenidos que son los que forman la opinión y el criterio. Estamos más capacitados y formados para la creación cultural. Tenemos más medios para estudiar, mejores bibliotecas, laboratorios más equipados. Nuestros hijos saben idiomas, van al extranjero con becas. El tiempo de trabajo se acorta para dar más oportunidad al ocio. Pero algo falla. Quizá la sensibilidad para dar a la actividad materialmente improductiva, al pensamiento o a la reflexión, el valor que deberían tener. La información sustituye al conocimiento o a la sabiduría. Lo advirtió (el poeta T. S.) Eliott, hace más de medio siglo, anunciando la tragedia que significaba la degradación progresiva de la sabiduría en conocimiento y del conocimiento en información: *¿Adónde se fue la sabiduría que hemos perdido / en el conocimiento, adónde el conocimiento / que hemos perdido en la información?* Comentando esto versos, dice Saéz Vacas: *La sociedad de la información no funciona si no se organiza sabiamente como una sociedad del conocimiento y del esfuerzo.* Efectivamente, la sociedad de la información, que nos lo da todo triturado, para que lo engullamos y lo digiramos con mayor facilidad, precisamente porque es más compleja, exige más conocimiento y más esfuerzo de comprensión. Más conocimiento y más esfuerzo. Sería la solución para la insatisfacción que produce la cultura tecnificada y mercantilizada. Cultivar la sabiduría necesita más tiempo que absorber la mera información. Y todo está

montado para dedicarle a las cosas el mínimo tiempo posible, para poder hacer más cosas en menos tiempo. De igual modo que hemos dado más importancia a los contenedores que al contenido, en el ámbito de la cultura, la cantidad merece más atención que la calidad. El *zapping* no es sólo una forma de ver la televisión, sino una forma de consumir cultura. Es una tentación difícil de superar cuando la oferta es ilimitada y el *marketing* empuja en todas direcciones. (...) Los periódicos tienen más volumen (pero de) suplementos, fascículos, vídeos, coleccionables. Se publican más libros que nunca, pero el nivel de lectura no sube en la misma proporción. Las últimas noticias son las únicas noticias. En una palabra, el tiempo de los medios de comunicación no equivale al tiempo del conocimiento ni, mucho menos, al tiempo de la sabiduría. (...) ¿Qué hacer para progresar humanamente sin renunciar a la modernización? He dicho: más conocimiento y más esfuerzo. Dar más valor al conocimiento inútil, y dar más valor al esfuerzo que carece de resultados inmediatos. Hay que intentar que la sociedad de la imagen y la información no deje de ser una *sociedad inteligente*. Una sociedad capaz de valorar y tener criterios sobre lo que conviene enseñar y cultivar, sobre qué límites debemos ponerle a la libertad para no decir sólo estupideces y banalidades, cuáles son los contenidos irrenunciables de la cultura. Tener criterios sobre los valores —no abstractos: concretos— que hay que conservar pase lo que pase. Esto es, criterios sobre qué quiere decir hoy *progresar*. Una modernización sin progreso humano es una modernización sin progreso, arrastrada por los

imperativos de la producción, del consumo y del desarrollo tecnológico, pero no del desarrollo humano”.⁴

A partir de la última frase de Victoria Camps podemos comprender por qué la cultura no pudo salvar a Alemania ni –como escribió el novelista Elio Vittorini– pudo impedir los horrores del fascismo. Nuestra relación con ella no es por ello menos entusiasta, pero sí más interrogativa. Y es a la ética a quien corresponde interrogarla, constantemente, acerca de sus fines. Debemos ser beligerantes en este sentido, y críticos para con aquellos modelos de cultura que profanen la dignidad del ser humano, ignoren su grandeza o reduzcan miserablemente su horizonte de expectativas degradando sus modelos de referencia. Escribió Bertrand Russell que el afán del maestro del carácter moral está en imbuir en los jóvenes el propósito de “no rebajar nunca la altura de sus expectativas; infundir en ellos un amor apasionado por la excelencia y por las cosas que la determinan”⁵. Se trata de conquistar lo que Aurelio Arteta, en su admirable libro *La virtud en la mirada*, llama “la plenitud posible”, la aspiración guiada por el ejemplo de aquellos que, suscitando nuestra admiración, nos hacen posible inventarnos a nosotros mismos gracias al impulso que nos da aquello que admiramos. Porque “lo que parece imposible para este o aquel hombre que

4. Camps, V. *El malestar de la vida pública*. Grijalbo, Barcelona, 1996. Págs. 83 a 85.

5. Russell, B. *El credo del hombre libre y otros ensayos*. Cátedra, Madrid, 1996.

admira es posible para la Humanidad, puesto que ya lo ha sido para algunos de sus individuos más eminentes. Esto es lo que celebra el admirador cabal, que no se detiene tanto a considerar su propia deficiencia como a gozar del espectáculo de una particular excelencia ajena que da testimonio de la excelencia humana”⁶. En este sentido, el proceso educativo y nuestra relación con la cultura, no ignoran, sino que miran de frente y analizan los abismos de horror en que ha incurrido el ser humano al tiempo que proponen como modelos sus cumbres de excelencia. Ni la abstención de juzgar, mal entendida como objetividad, ni el relativismo ético, mal entendido como tolerancia, deberán nunca confundir los unos con los otros o presentar lo abyecto y lo excelente como meras posibilidades no connotadas éticamente. Por otra parte, es necesario también evitar que esta admiración por la excelencia se confunda con la admiración boba que se pueda sentir por los modelos que propone la moda o con la irracional y peligrosa admiración que se pueda dirigir a los caudillos. Para que ello no suceda basta que la admiración se dirija hacia objetos depurados por una ética basada en esa razón crítica que sólo se desarrolla a través del más riguroso proceso educativo. Aquí se cierra el círculo que abría la anécdota de Primo Levi recordando los versos del Canto de Ulises en el campo de exterminio y preguntándose por la validez de la cultura en el corazón mismo de las tinieblas: la educación hace

6. Arteta, A. *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral*. Pre-Textos, Valencia, 2002. Pág. 151.

posible el desarrollo de una conciencia crítica y libre capaz de sujetarse a las normas de una ética universal; y esa ética es la que contemplará la totalidad discerniendo entre lo abyecto y lo excelente. La cultura, como suma de experiencias y de conocimientos, estará entonces inequívocamente de parte del hombre dando razón de sus luces y sus sombras; porque no se trata de inventar paraísos ni de convertir el mundo en un parque temático amable pero falso y plano, sino de afrontar la realidad transformándola, ayudar a sobrellevarla con amabilidad no engañosa o dar noticia de sus abismos, sus cumbres y sus extensas llanuras de medianía. Los escritores que más han ahondado en las zonas de sombra del ser humano –como Dostoievski, Conrad o Kafka– lo han hecho sin perder de vista ese horizonte ético. Eso los diferencia de aquellos que, en la tradición de Sade, lo exaltan, lo describen con complacencia, lo consideran con cinismo o nihilismo como la esencia de la naturaleza humana o, más recientemente –y el cine y la televisión dan diarias muestras de ello– lo convierten en espectáculo; confundiendo en todos los casos la objetividad y el realismo con la ausencia de juicio sobre el mal que representan. “Renunciar a juzgar –ha escrito Aurelio Arteta– es renunciar al sentido. (...) La indiferencia ante lo malo e incluso ante lo pésimo lleva aparejada la apatía hacia lo bueno y lo excelente. La banalidad del mal viene a una con la banalidad del bien”⁷.

7. Arteta, A. Ob. cit. Pág. 27.

Los mecanismos de adocenamiento del consumismo y la marginalidad pos-revolucionaria nacida de la rabia estéril de los movimientos del 68, en principio enemigos entre sí, coinciden pese a sus diferencias en tener como enemigo común a todos los que no renuncian a la excelencia educativa, cultural o ética. El consumismo, como tan lúcidamente escribió Pier Paolo Pasolini, ha hecho suyo el lenguaje de la transgresión convirtiéndolo al tiempo en mercancía y estrategia, a la vez que la marginalidad antisistema ha hecho suyos los símbolos y actitudes del gamberismo consumista suburbano. La libertad de expresión se confunde con la libertad de mostración, o la segunda con la primera, desde que a partir de los años cincuenta el mercado descubrió la terrible verdad que se encerraba en el cínico aserto que Sade ponía en boca de los aristócratas que protagonizaban esa celebración de la tortura que es su obra *Las 120 jornadas de Sodoma*: “Las monarquías no deberían reprimir el libertinaje, porque las cabezas ocupadas en libertinajes no maquinan revoluciones”. A partir de esa frase Pasolini elaboró un lúcido discurso de denuncia sobre cómo lo que antes era transgresión se había convertido en un instrumento de dominación utilizado por ese neohedonismo de masas que él definió como enemigo de todo humanismo y de todo valor humano que pudiera frenar el consumo, y reductor de todo valor a mercancía.

Conviene recordarlo hoy. La cultura reflexiva y creativa, eso que antes se llamaba Alta Cultura, se está haciendo,

paradójicamente, más ensimismada y elitista. La cultura media burguesa, que en los siglos XIX y XX alcanzó las cumbres de la gran novela realista, la ópera, la música popular de los grandes repertorios de la canción o el cine, pierde día a día de vista sus modelos de referencia para hacerse más vulgar y asimilarse a la subcultura masiva (en los desarrollos de la canción popular, el cine comercial y la televisión es diariamente visible este proceso: recordad que Lubitsch, Ford, Hitchcock, Wilder, Renoir, Fellini o Visconti fueron populares). La cultura popular masiva, que hasta los años setenta del pasado siglo había sido capaz de fundir la riqueza y variantes de la antigua cultura popular folclórica con la nueva cultura masiva –como tan claramente se ve en la *pop song* americana creada por los George Gershwin, Cole Porter o Irving Berlin o en la edad de oro de la copla española– se ha unificado y degradado en la subcultura de masas. Este horizonte no debe inducir al desaliento en lo que al esfuerzo por el conocimiento se refiere, sino que por el contrario debe estimularlo. Hoy ya no se aprenden antiguos saberes sólo viviendo, transmitidos por las formas de vida preservadas en países, regiones, ciudades y barrios capaces de armonizar sus diferencias culturales con los cambios que los nuevos medios de comunicación terrestres (el ferrocarril, el automóvil, el avión) y de mensajes (el periodismo masivo, la fotografía, el telégrafo, el teléfono, el cinematógrafo, la radio) imponían. Hoy ya no existe una cultura media nacida de la aspiración –sincera o simplemente imitativa, por distinción– de las clases medias a la Alta Cultura.

Y hoy ya no existe el gran proyecto de difusión de la cultura y universal extensión de la educación más exigente que alentó la Institución Libre de Enseñanza o lanzó a García Lorca con su compañía *La Barraca* por los pueblos de España, animó a los compositores Schönberg o Britten a rescribir obras clásicas para pequeñas formaciones que pudieran ofrecerlas en los centros obreros o inspiró a nuestro gran Pablo Casals a fundar, en la Barcelona de los años treinta, la Sociedad Obrera de Conciertos para dar a conocer a todos el gran repertorio de la música clásica. Todas estas iniciativas estaban inspiradas por el convencimiento de origen ilustrado de que la educación y la cultura eran bienes universales que hacían más reflexivos, sensibles y críticos –y por ello más libres– a los seres humanos; bienes universales que las injusticias y desequilibrios sociales habían reservado a una elite. Jamás cometieron el error de pensar, como hoy se hace, que por estar reservados a una elite, esa exigencia educativa y esos bienes culturales fueran en sí mismos elitistas. Por el contrario, como la sanidad, la vivienda digna y todo aquello que hace la calidad de vida, Lorca, Schönberg o Casals creían que eran bienes que estaban obligados a compartir con todos para que todos pudieran gozar la excelencia hasta entonces reservada a los pocos que tenían acceso a una educación exigente. Este ideal es el que sería urgente recuperar hoy, cuando la indiferencia se confunde con la tolerancia, el relativismo con la lucidez, las audiencias televisivas con el electorado, la educación con la represión y la cultura creativa o reflexiva con lo elitista. Quienes

fabrican la basura mediática no cesan, día tras día, de confundir interesadamente el desprecio hacia lo que ellos hacen con el desprecio hacia quienes lo consumen. “La audiencia nunca se equivoca”, decía hace poco una antigua periodista *progre* reciclada en presentadora de un concurso estrella de la telebasura. Se trata justo de lo contrario: nadie desprecia más a su público que quien se lucra facilitándole lo abyecto que lo mantiene dócil en su desconocimiento; como dijo el director de cine Glauber Rocha: “no hay nada más reaccionario que pretender que la cultura ofende al pueblo”. Utilizada como arrogancia pedante, como elemento de distinción o de dominio, sí. Pero compartida a través de la universalización de la más exigente educación y de la más seductora a la vez que rigurosa difusión de los modelos supremos de la excelencia cultural, jamás.

El *zapping*, el entretenimiento a través de lo insustancial o la diversión superficial no son malas en sí mismas si no caen en el abismo de ramplonería, mal gusto y grosera crueldad en que lo hacen hoy; y si no es lo único que se hace. Es necesario destensarse y relajarse, ciertamente... a condición de que eso no sea lo único que, tarde tras tarde y noche tras noche, se consuma. Esos entretenimientos ayudan a sobrellevar el peso de la vida, que ustedes y yo sabemos que es mucho; pero éste queda igual una vez que terminan, y por eso nos vemos obligados a consumirlos hipnóticamente para que no terminen nunca; y aún queda aumentado por una carga suplementaria de vulgaridad que

trata a los seres humanos como cosas y convierte sus conflictos en espectáculo. Un mal programa de telebasura excita lo peor de nosotros mismos, mientras que en un buen libro, una buena película o una buena música despiertan lo mejor de nosotros mismos (o nos previenen contra lo peor). Está bien entretenerse para olvidar, por un momento, ese peso de la vida. Pero también es necesario afrontarlo reflexiva y estéticamente a través de la buena educación que abre las puertas de la buena literatura, el buen ensayismo, el buen cine o la buena música que, no se olvide, además de excelentes son las más de las veces amables y siempre emocionantes. ¿Quién marca ese criterio de bondad? Siglos de tradición reflexiva y de juicio crítico: ni hemos nacido ayer, como seres humanos, ni todo vale lo mismo. Somos depositarios de una herencia labrada con mucha dificultad por el esfuerzo y el conocimiento, y tenemos la responsabilidad de asumirlo, universalizarlo, ampliarlo y transmitirlo. “¿Sirve de algo ser intelectual en Auschwitz?”, se preguntaba Primo Levi, repitiéndose la famosa pregunta del poeta Hölderlin –“¿Para qué poetas en tiempos de penuria?”– que inspiró al filósofo Heidegger (a quien toda su filosofía no impidió afiliarse al partido nazi: la ética, siempre) uno de sus más brillantes textos sobre la necesidad esencial de la poesía y el arte. Respondemos aquí, en la inauguración del Aula de la Experiencia que les permite disfrutar hoy de lo que antes no pudieron, un indudable sí. La educación y la cultura –como resultado del esfuerzo y del conocimiento– no quitan ni un gramo al peso de la vida, pero

permiten vivir con los ojos abiertos, sin refugiarnos en los paraísos artificiales que todos los días quieren vendernos, al darnos los elementos que hacen posible la comprensión interrogativa y el discernimiento, la intuición del sagrado misterio de la vida y elección de la excelencia. Escribió Miguel Hernández que “hay un rayo de sol en la lucha que siempre deja la oscuridad vencida”⁸. Ese rayo de sol en la lucha es la libertad de quien decide por sí mismo, la independencia de quien piensa críticamente, la madurez de quien ha visto expresada por la literatura y el arte la grandeza del ser humano, y por ello su propia grandeza, con toda su problemática carga de sufrimiento y gozo. Estas son la educación y la cultura vistas como transformación, nuestra y de la realidad, que son capaces, no sólo de convertirse en una defensa contra las ofensas de la vida, como escribió el poeta Cesare Pavese, sino en lo que erradicará, algún día, esas ofensas. Como está escrito en “El canto de Ulises” de Dante: “Considerad vuestra ascendencia: / para vida animal no habéis nacido, / sino para adquirir virtud y ciencia”.

Sevilla, 20 de septiembre de 2004

8. Miguel Hernández, “Eterna sombra”. Cancionero y romancero de ausencias y últimos poemas.

